

**LA FAMILIA COMO EDUCADORA DE LA DIMENSIÓN CULTURAL DE LA
EXPERIENCIA CRISTIANA**
Intervención en la Mesa Redonda “¿Qué educa la familia de hoy?”.

II Congreso “Católicos y Vida Pública”
Educar para una nueva sociedad
Fundación Universitaria San Pablo-CEU
Madrid, 17 de Noviembre de 2000.

Jaime Urcelay Alonso
Presidente de *Profesionales por la Ética*

La presente intervención tratará de responder a la pregunta que es objeto de esta Mesa Redonda con referencia a un aspecto concreto de lo que educa -o no educa- la familia de hoy: la dimensión cultural de la experiencia cristiana, de la fe.

Tema oportuno si se tiene en cuenta que el propósito de este Congreso, tal y como expresa su título, es profundizar en la presencia de los católicos en la vida pública aquí y ahora, es decir en una España en la que, como acaba de denunciar nuestro arzobispo en su exhortación pastoral de la semana, “la secularización de las mentalidades, del ambiente cultural, del clima social y espiritual, de las costumbres, se ha ido afianzando y diferenciando en los múltiples ámbitos de la vida privada y pública, en clavces y términos frecuentemente paradójicos; a veces, abiertamente dualistas. (...) Parece que la asepsia pública en relación con la fe en Dios se haya instalado entre nosotros como lo social y políticamente correcto, si no lo deseable y hasta lo exigible”¹.

¿Pero es que acaso existe alguna relación entre fe y cultura, más allá de la existencia del canto gregoriano, las anunciaciones del Beato Angélico o las disquisiciones intelectuales de los teólogos?. Esta sería una pregunta bastante espontánea entre muchos católicos de hoy día y no digamos entre mentalidades laicistas. Conviene, por eso, recordar unas palabras del Santo Padre en Medellín que, por otro lado, responden a una idea presente en toda la historia del cristianismo, si bien claramente relanzada a partir del Concilio Vaticano II:

“La fe no es una realidad éterea y externa a la historia que, en un acto de pura liberalidad, ofrezca su luz a la cultura, quedándose indiferente ante ella. Al contrario, la fe se vive en la realidad concreta y toma cuerpo en ella. La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se convierte en cultura es una fe no acogida en plenitud, no pensada por entero, no fielmente vivida. La fe compromete al hombre en la totalidad de su ser

¹ A. ROUCO, “Los Católicos en la vida pública: una tarea pendiente”, *Alfa y Omega* 234 (2000) 13.

y de sus aspiraciones. Una fe que se situase al margen de lo humano y, por tanto de la cultura, sería una fe infiel a la plenitud de cuanto la Palabra de Dios manifiesta y revela, una fe decapitada, más aún una fe en proceso de autodisolución. La fe, aun cuando transcienda la cultura y por el hecho mismo de trascenderla y revelar el destino divino y eterno del hombre, crea y genera cultura”²....

La cultura, pues, debe y puede ser evangelizada. ¿Pero, en qué consiste evangelizar la cultura? Evangelizar significa para la Iglesia “llevar la buena nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad. (...) Se trata también de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida en la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación”³.

Esa cultura en sentido amplio, en ese sentido antropológico que la Iglesia viene utilizando desde la *Gaudium et Spes*⁴, en cuanto responde a la realidad y los criterios del Evangelio es lo que Pablo VI empezó a llamar *Civilización del Amor* y que Juan Pablo II no cesa de invitarnos a realizar concretamente, junto con todos los hombres de buena voluntad, en esta encrucijada de la humanidad en la que alumbría una nueva civilización, cuyo signo aún es incierto.

Y esto enlaza ya muy directamente con la idea que yo quisiera aportar al debate que seguirá a nuestras: la familia, como dice Juan Pablo II en su *Carta a las Familias*, está orgánicamente unida a la *Civilización del Amor*. Depende por muchos motivos de la *Civilización del Amor*, en la cual encuentra las razones de su ser como tal. La *Civilización del Amor* sólo se puede construir en función de las familias y por medio de ellas. La familia es el centro y el corazón de la *Civilización del Amor*⁵ y “cual es la familia, tal es la nación, porque tal es el hombre”⁶.

Por eso, dirá también el Santo Padre, “las familias deben crecer en la conciencia de ser ‘protagonistas’ de la llamada ‘política familiar’, y asumirse la responsabilidad de transformar la sociedad; de otro modo las familias serán las primeras víctimas de aquellos males que se han limitado a observar con indiferencia”⁷. Este es el sentido de la proclamada *hora de la familia*, que ha llegado para toda la civilización occidental; el futuro de la sociedad se juega en la familia y el de la familia se halla indisolublemente unido al de la entera

² JUAN PABLO II, *Discurso a los intelectuales y universitarios en Medellín* (5-VII-1986).

³ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA CULTURA: *Para una Pastoral de la Cultura*, (1989) 4.

⁴ Vid. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 53. Para una comprensión completa de este tema puede acudirse, entre otras muchas fuentes, a JUAN PABLO II, *Discurso a la UNESCO* (2-VI-1980) y al ya citado documento del PONTIFICIO CONSEJO PARA LA CULTURA. Son muy útiles los libros G.DOIG KINGLE, *Juan Pablo II y la Cultura en América Latina* (Consejo Episcopal Latinoamericano-CELAM, Bogotá 1991) y el más reciente A.FOSBERY, *La Cultura Católica* (2000).

⁵ Cfr. JUAN PABLO II, *Carta a las Familias* (1994). El Santo Padre dedica a este tema el apartado titulado *Dos civilizaciones*, 13, cuyas ideas fundamentales seguimos.

⁶ JUAN PABLO II, *Homilía en Nowy Targ* (8-VI-1979).

⁷ JUAN PABLO II, *Familiaris consortio* (1981), 387.

sociedad. En síntesis: *la familia constituye la fuente insustituible de donde surgirá la Civilización del Amor*⁸.

Podemos ahora hacernos la pregunta en la que se centra nuestra Mesa Redonda: ¿qué educa -o no educa- la familia de hoy en relación con la dimensión cultural de la fe en los términos que hemos tratado de presentar?. ¿Cuándo la familia de hoy educa -o no educa- a sus miembros, padres e hijos, en la edificación de la *Civilización del Amor*?

Cuando la familia es ella misma, cuando es una comunidad de personas para las cuales el propio modo de existir y vivir juntos es la comunión, la entrega gratuita de unos a otros en un amor que sólo puede ser custodiado y profundizado por aquel Amor que, como dice San Pablo, “es derramado por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rom 5, 5), la familia está educando en el amor y, por tanto, está edificando una cultura verdaderamente cristiana, cuyos dos componentes fundamentales son, por una razón totalmente nueva, la persona y el amor.

Por el contrario, cuando la familia deja de ser comunión y se convierte en discordia, en egoísmo, en instrumentación del otro para mi propio interés o cuando se cierra a la vida, la familia está contribuyendo a crear esa *anticivilización utilitarista, consumista y antinatalista* que hoy tan fácilmente podemos reconocer a nuestro alrededor.

Cuando los padres no transmitimos adecuadamente a nuestros hijos, mediante el testimonio sincero y la palabra oportuna, que ser cristiano no es sólo estar bautizado, ir a misa, cumplir rigurosamente el sexto Mandamiento, o tener una vida privada intachable, sino ser *Testigos del Dios vivo*, o sea de Cristo, a toda hora y en toda circunstancia, en todas las dimensiones de nuestra vida y, entre ellas, el tiempo libre, los problemas sociales, la economía, la política, la biogenética.... estamos creando ese dualismo, esa esquizofrenia, que es, en palabras de Pablo VI, el *drama de nuestro tiempo*, la “enfermedad moral del cristianismo contemporáneo”⁹ y que, al cabo, termina por convertir nuestra fe en algo subalterno de las ideologías, de las modas, de los poderes financieros manipuladores de la opinión pública y de las tendencias sociales aceptadas de manera fatalista.

Los resultados de esta *no-educación* en la dimensión social de nuestra experiencia cristiana están, en nuestra realidad española, a la vista de cualquiera. Y no me refiero tan sólo a la alarmante emergencia de una generación de jóvenes que han crecido, en demasiados casos, en el desconocimiento de cualquier tipo de valor verdadero, sino también, por ejemplo, a la ausencia de lo católico en los poderosos medios de comunicación social. O a esas cada vez más importantes realidades empresariales en las que muchos cristianos, irreprochables en su vida privada, dejan colgada su fe en el perchero cuando entran por la mañana en la oficina. Y qué decir del mundo de la política, de la que todos, de una manera o de otra somos protagonistas, y en la que la ausencia de toda identidad cristiana resulta escandalosa...

⁸ Cfr. T.MELENDO, *La hora de la familia*, (nt Educación; EUNSA, Pamplona 1996) 16.

⁹ J.M.ORIOL, “Fe y Política”, *ABC de Madrid* (6-XI-1999).

Sé que esto no es fácil, que educar a nuestros hijos de manera coherentemente cristiana en medio del mundo de hoy es una tarea ardua. Como padre de familia numerosa recuerdo lo que escribía el poeta Charles Péguy:

“Sólo hay un aventurero en el mundo, como puede verse con diáfana claridad en el mundo moderno: el padre de familia. Los aventureros más desesperados son nada en comparación con él. Todo en el mundo moderno está organizado contra ese loco, ese imprudente, ese visionario osado, ese varón audaz que hasta se atreve en su increíble osadía a tener mujer y familia. Todo está en contra de ese hombre que se arriesga a fundar una familia. Todo está en contra suya. Salvajemente organizado en contra suya...”.¹⁰

Y no es tarea fácil porque educar así a nuestros hijos implica decirles, en cierto sentido, que tienen que ser diferentes de la mayoría, que los criterios de Cristo no son los criterios del mundo, que si somos fieles nos van a señalar y probablemente a postergar, pero que nuestro silencio y nuestra cobarde comodidad “van siempre a la cuenta del sufrimiento, de la desesperanza y del vacío existencial y moral de muchos hermanos”.¹¹

Implica decirles, en fin, que no hay por qué sentir ningún complejo respecto a nuestra identidad cristiana, que Él ha vencido definitivamente al mundo y ha ofrecido a todos los hombres su salvación y que, en definitiva, como nos recuerda San Lucas en el Evangelio de hoy, “el que pretenda guardarse su vida la perderá; y el que la pierda la recobrará” (Lc 17, 33).

Publicado en:

Actas del II Congreso Católicos y Vida Pública. Educar para una nueva sociedad, Volumen I, Fundación Universitaria San Pablo – CEU, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2001.
Págs. 338 a 342.

¹⁰ C. PÉGUY, *Temporal and Eternal*. Cit. por T.MELENDO, *La hora...*, 15.

¹¹ A.ROUCO, *Los Católicos en...*